

MARÍA MAGDALENA...

Ion Arretxe

“En honor a la Magdalena
y en recuerdo a uno de sus amantes más furtivos,
José Bergamín”



Fue su nombre “Magdalene” antes que éste de Magdalena. Paso del griego neotestamentario al latín eclesiástico de lengua oficial de todos los oficios. Se refiere su nombre a la procedencia de una de las Marías del Evangelio, oriunda de la aldea de Magdala, a orillas del lago de Galilea. Y allí, de entre los limos lacustres, se modela la leyenda de una mujer que se arrastró y enroscó con todos los cuerpos y con todos los lujos. Y la leyenda deviene en mito cuando en la palabra dictada por el mismo Dios de las Escrituras, ni Dios se pone de acuerdo en saber si Magdalena, esto es, la de Magdala, es María la pecadora (de la que Jesús Boto fuera siete demonios) o es la hermana de Lázaro, que junto a su otra hermana Marta viven en Betania y son testigos de uno de los prodigios más indiscutibles y uno de los ingenios que más han removido la pluma de don José Bergamín: la resurrección de Lázaro, el levántate y anda tan becqueriano como cristiano. El equívoco viene servido con sospechosas intenciones. Una María perfuma los pies de Jesús con esencias y lágrimas, besándolos después con su propia cabellera de mujer. La otra se retira a una cueva en el desierto para llorar sus pecados de juventud encarnecida. Sus cabellos crecen como se crece una serpiente en su rectar hasta llegar a los pechos y enroscándose en ellos trata de ocultarlos. Las dos y cada una de ellas personifican las lágrimas del arrepentimiento, a cualquiera de las dos le llega el perdón en manos del mismísimo Maestro.

Pecadora fue...

A mí conducidme ante la María de los demonios, y no ante la de los perfumes en Betania. Quiero más a la del desierto y el destierro que a la otra, cortesana, María Magdalena de al pie de la cruz, elegida para enraizarse en el madero cuando el tronco se rompe en pequeñas ramas, cuando se escapa con la última de las siete palabras el espíritu encomendado del crucificado. ¿Por qué tanta soledad, Maida-len? Una hembra de tu barro nunca imagina un lago de soledad tan extenso, tan abarcable como el misterio en el que naufragaba el santo que metía el mar en su pozo, hasta que un niño le abrió los ojos. Pronto se cerrarían ciegos de tanta luz. ¿Quién te ha visto y quién te ve? Quien te mire te perdonará, quien te haya mirado, solo mirado, ni siquiera te recuerda, enroscada a la cruz en un abrazo imposible, al pie del madero árbol enterrado en un rosario de calaveras que desde su desnudez descarnada nos presentan ante la muerte. Las ramas son los brazos que se estiran en cruz y hasta dentro de tres días no reventará el

fruto. Te imaginan en una instantánea tallada a golpes de luz en las oscuras cámaras de nuestra alma. Este instante anuncia como una perversión una ascensión a los cielos que no merecieron las putas.

Y ahora está en el cielo...

No parece que Magdalena quiera nada con el otro mundo. Parece quedarse en la tierra, en la cueva donde se encerró a intuir la realidad sobre las paredes cavernosas como sombras más o menos virtuales de los desiertos exteriores. Su propia cueva de La Madelaine en Francia, donde el hombre se supo hombre, perfilando una realidad que se proyectaba desde el infinito y así dejó huellas de arte sintiéndose tocado y tocante por los mismos dioses es una de las interpretaciones más puramente platónicas sobre el nacimiento del arte primitivo, en un tiempo que hemos convenido nombrar con el mismo nombre de la santa patrona: Magdalenense. Tampoco en los ricos palacios de Betania, convertidos en cueva (tal es el sepulcro familiar de Lázaro) te ha sido revelado el secreto de la resurrección. La esencia del cristianismo de la que tanto sabía tu ser, perfume extracto de lágrimas de mujer, por la que tantos poetas perdieron la razón. Lázaro resucita, pero resucita poco. Parece que no ha sido demasiado derroche de energía su resurrección, porque a las palabras del mago, él actúa un tanto inconsciente, como el voluntario que se deja hipnotizar en una velada de ilusionismo y obra lánguidamente contra su voluntad, ahora enajenada en la del guía. María Magdalena es testigo de las dos grandes resurrecciones del Nuevo Testamento: la de Lázaro y la del mismo Jesús. Sobre todo en la de Lázaro, la más humana de las dos resurrecciones; parece como si se llegase cansado de la muerte a una vida que tanto cansancio augura en su transitar por el valle de lágrimas.

Tomando café...

Como todos los negros buenos que también suben al cielo, tomando café o cafeses cuando eran los Baudelaires y los Rimbauds en las placitas de París, embriagándose de perfumes y con lágrimas de opiáceos y otras esencias como el café brasileño que despertaba diariamente a Pessoa de sus lánguidos sueños lisboeños. Magdalena es una imagen atormentada, tocada de tormenta, un paisaje sin límites de horizonte. Su figura se retuerce en pliegues barrocos sobre su eje. La Magdalena en su ermita se arquea en curvas sinuosas que



dibujan en el aire el contorno envolvente de las danzas del vientre. ¡Qué retorcido es el hilo que teje el ser de las prostitutas! Siempre sin pecado María Maculada ante la devoción de cualquier renteriano. Incluso ante el ojo divino de la Asunción de la Iglesia grande que te mira de reojo unos días al año desde su reinar divino tan florido de nubes y surcado por el vuelo de especies incontables de ángeles. Pides perdón, Magdalena, a todas horas entre ese veintiuno y ese veinticinco de julio que se repite ritual en el reloj que regula la vida de los que junto a ti hemos crecido. Baja los ojos ante la evidencia de tus demonios atragantados como piedras de molino. No es cosa justa el perdón, pero tú te retuerces de arrepentimiento como puta enroscada a una cruz, como la serpiente al pie del frutal, como un orgasmo de mujer torbellino que se enreda sobre sí mismo, reflexivo, en espiral como la danza frenética al son de los tamboriles en estas fiestas que te honran. Felices fiestas en honor a María Magdalena. Gora Madalenak!!!!!!